

canzan la mayor estimacion. El lugar para guardar estos manuscritos es la Biblioteca alta, llamada así por estar sobre el salon principal; tiene buena ventilación, mucha capacidad y hermosas luces, pero no está tan rica y lujosamente decorada. Embellécela sin embargo un adorno de mucha prez y valia, cual es una coleccion de retratos de españoles célebres, entre los que recordamos haber visto al Tostado, á Pellicer, á Lope de Vega, á Calderon de la Barca, á Quevedo, á Zurita, á Antonio Perez, á Nebrija y al famoso Torquemada entre muchos que no tenemos presentes en este instante.

Decíamos pues que se conservan allí preciosos manuscritos en número de unos cinco mil entre los que sobresalen algunas preciosas Biblias de diversas épocas é idiomas, algunos originales de Santa Teresa de Jesús, otros de San Juan Crisóstomo y San Agustin, varios códices de rara antigüedad y mérito, concilios, decretos y cartas de Pontífices y otras obras eclesiásticas de diversos tiempos y caracteres antiguos.

Hay tambien un *codice aureo* que contiene los cuatro Evangelios escritos sobre pergamino en letras de oro y, entre innumerables preciosidades, un Ptolomeo muy bien conservado, varios devocionarios de singular gusto y belleza que, segun tradicion, pertenecieron á los reyes Católicos y á Carlos V; un manuscrito de San Amadeo; una carta original de San Vicente Ferrer; manuscritos persas; cierto número de libros chinos, y por último infinidad de volúmenes de gran valor con estampas, diseños y dibujos, muchas de las cuales son obra de Rafael, Miguel Anjel, Alberto Durerero, Lucas y Francisco de Olanda ó Leyden, Pedro Bughel y otros artifices famosos.

Júzguese, pues, si es usurpada la celebridad europea de que goza esta Biblioteca.

V.

EL PALACIO.

FATIGA verdaderamente contemplar tantas maravillas, y el viajero, sacio ya de encontrarse sumergido en aquella especie de Pactolo de las artes, cansado ya de no volver á ningun punto la vista sin tropezar con una obra maestra, apenas concede una atencion indiferente al colegio y á su *sala de los secretos*, que así se llama por oirse en cualquiera de los ángulos lo que se habla en voz baja desde el opuesto, sin que lo perciban los que están en medio; y atraviesa con paso rápido las bellas habitaciones del seminario.

Le aguarda el palacio y con él un nuevo tesoro de sensaciones, un nuevo ramillete de obras portentosas y de pinturas admirables.

Ya en la primera pieza nos encontramos con cuadros del Españoleto y con paisajes de Jordan. Las habitaciones del rey contienen el despacho, un gabinete, la pieza de vestir, el oratorio, la sala de corte y la pieza de villar todo con tapicerías españolas ó flamencas, con sillerías y colgaduras de graves colores, con techos preciosos, con bajos relieves admirables, con pavimentos riquísimos de embutidos, con cuadros, bronce, mármoles, tisús, damascos, marfiles, aguadas, miniaturas, pizarras y otras cien y cien preciosidades que no se cansan de admirar.

Las habitaciones de la reina corresponden á su celebridad, y los viajeros se paran á contemplar largo tiempo en su oratorio una tabla de Juan de Juanes y en su tocador un techo de Francisco Lopez.

Nada de mas deliciosa coquetería que el cuarto de la infanta con sus tapicerías chinescas, con sus colgaduras azul celeste, con sus pabellones verdes, amarillos, y carmesíes; nada mas rico que los cuartos de los infantes con sus

pinturas de escuela flamenca, italiana y española, con sus creaciones debidas al talento simpático y al genio poderoso de Alonso Cano, de Rafael, de Guido Reni, de Ribera y de otros veinte nombres como estos; nada en fin mas deslumbrador que la *sala de las batallas* en cuyas paredes Granello y Fabricio pintaron prolija y sabiamente al fresco la victoria de la *Higuerela* conseguida por Don Juan II sobre moros de Granada, la toma de San Quintin y las expediciones hechas á las Islas Terceras en tiempo del segundo de los Felipes. La bóveda de esta sala la forman lindísimos grutescos que contienen una admirable variedad de figuras y caprichos, mezclados con templetes, nichos, pedestales, aves, mónstruos, frutas, flores, paños y colgantes, dibujado todo fantástica y agudamente con hábil pincel y mano fácil.

Es indispensable que el viajero no abandone el palacio sin haberse hecho guiar á la que llaman *habitacion del fundador*.

Allí, en una especie de celda sencilla y pobre, es donde vivió Felipe II siempre que habitó el Escorial. No hay en aquel aposento otra cosa que un techo llano y sin adornos, unas paredes simplemente lucidas de blanco, un suelo de modesto ladrillo, un escritorio con humilde estante para libros, alguna de las sillas de su uso, dos taburetillos en que solia reposar la pierna aquejada de la gota, y la pobre alcova en donde con los ojos clavados en el altar mayor de la iglesia, — que se distingue por una tribuna, — exhaló su último suspiro el rey que no iba á aquel sitio á ser monarca, sino monge, el soberano en cuyos dominios jamás se ponía el sol.

El alma no acierta á explicarse el tropel de ideas que acuden á la imaginación al penetrar en aquel cuarto de paredes desnudas y de sencillez sin igual, despues de haber recorrido tan dilatada serie de ricos y lujosos aposentos. Le da á uno frio al entrar en aquella habitacion.

Sucedíole al autor de estas líneas la primera vez que estuvo en el Escorial y visitó esta celda, una anécdota, que bien le permitirá el lector que cuente por lo graciosa, aun cuando no fuese mas que para distraerle momentáneamente de la monotonía que haya podido hallar en la descripción del edificio.

Habia recorrido todo el monasterio en compañía de otro viajero para mi desconocido que se me habia juntado en el patio de los reyes. Cuando llegamos al aposento indicado, nos enseñaron los varios objetos que allí se conservan y sirvieron para el uso particular del fundador. Mi compañero, señalándome uno de los taburetes, me dijo:

— Y qué es eso?

— Un taburete en el que descansaba su pierna Felipe II — le contesté.

— Mejores los tengo yo en mi casa.

— No lo niego, añadí sonriendo, pero yo veo en él toda una historia.

Mi hombre entonces lo cojió, lo examinó, lo volvi6 de todos lados y me dijo por fin, acompañando estas palabras de un significativo gesto:

— Pues yo solo veo un taburete..... y bastante malo por cierto, — añadió á los pocos instantes.

Por la noche supe que era un sillero de una de las mas populosas ciudades de Andalucia.

No todas las maravillas del Escorial están aun terminadas para el viajero que ha pisado sus umbrales y recorrido los varios sitios en que le hemos hecho penetrar. Le falta todavia visitar la *Compañía*, nombre que se da á un edificio contiguo porque acompaña y sirve de complemento al edificio principal; le falta todavia recrearse por entre el follaje y la arboleda de deliciosos jardines llenos de vergeles rumorosos y aguas bullidoras que le convidan al reposo; le falta todavia pasear los aposentos y galerias de la *casa del Príncipe* que, edificada en 1772, quedó viuda de todas sus bellezas, alhajas y primores cuando la guerra de la independenciam, pero que volvi6se á decorar en 1824, aunque no con el esplendor que antes.

Merece la pena de pasarse en ella un buen rato admirando todas sus curiosidades y todos sus primores, y es verdaderamente grato contemplar allí esparcidos por sus salas, ya los techos de Gomez, de Duque, de Perez, de Japeli y de Lopez; ya las piezas llamadas de maderas finas; ya los cuadros de famosos artistas; ya en fin las preciosidades sin número que la casa guarda como guarda un joyero sus riquezas.

El Escorial deja en el ánimo una impresion difícil sino imposible de borrar. Es en efecto, segun acertada espresion de un escritor, todo lo que puede hacer una nacion cuando se refugia en un claustro.

Cuando visité el monasterio que acabo de describir, lo recorrí acompañado de un ciego que tiene por nombre Cornelio y que me habia sido señalado como el *Cicerone* universal de todos los viajeros. Confieso francamente que aquel ciego es otra maravilla.

Aquel hombre sin necesidad de lazarillo le acompaña á uno por todas partes, se para delante de cada cuadro, se lo esplica, se lo comenta, le señala, como si lo estuviera viendo, el sitio que ocupan las figuras. Es hombre que sabe, todo referente al monasterio, multitud de anécdotas y

cuentos, infinidad de hechos y noticias..... es un sabio memorandum, una crónica viviente, un album andando.

De él recojí la siguiente graciosa anécdota:

No hay hombre medianamente versado en la historia de la literatura española que no sepa quién era el doctor Don Juan Perez de Montalvan, aquel de quien dice el epigrama:

El doctor tú te lo pones,
el *Montalvan* no le tienes,
con que en quitándote el *don*
vienes á quedar *Juan Perez*.

Sucedió pues que un dia, con motivo de no sé qué solemne funcion, se contaba Montalvan como uno de los que recorrian los claustros del Escorial, acompañado de varios monges que le seguian obsequiándole y felicitándole. Al pasar por uno de los ángulos acertó el buen doctor Perez á fijar la vista en un cuadro que representaba á un anacoreta azotado por darse tanto á los autores clásicos. Sorprendióle á Montalvan la originalidad del pensamiento y celebró la verdad con que habia sido desempeñado.

Los monges, al verle tan embebido en la contemplacion, instáronle para que improvisara y escribiera unos versos alusivos al cuadro, y tanto le hubieron de rogar, que el doctor, deseoso de complacerles, dejó caer su pesada frente en la palma y estuvo un buen rato meditabundo. Por fin, levantó la cabeza, movió los ojos como hombre inspirado, y en medio de la curiosidad general escribió su *improvisacion* reducida á estos dos únicos versos:

Grandes azotes le dan
porque á Ciceron leía.

Celebrose la agudeza del *ingénio*, encontráronse admirables los dos renglones, graduóse de profunda la idea que encerraban. El poeta fué llevado poco menos que en triunfo.

Ahora bien; en tiempo de Montalvan corria el mundo, ó por mejor decir la corte de Madrid, un hombre maligno si los hay, mordaz si se encuentran, estafalario hasta tenerlo de sobra, con tanta sátira en los labios como hiel en el corazon, y poeta por añadidura. Se llamaba este hombre Don Francisco de Quevedo, y era tan íntimo de Felipe IV, que este llegaba á permitir que le hablase con el sombrero puesto y el embozo echado diciéndole por única y burlona disculpa:

En estas mañanas frias,
los amigos verdaderos
ni se dan los buenos dias,
ni se quitan los sombreros.

Quevedo, hablando sin rodeos, no podia ver á Montalvan..... dígalo sino el epigrama, y quiso su buena suerte, ó la desgracia del doctor, que pocos dias despues de lo mencionado se hallase precisamente en el Escorial y precisamente en el claustro donde estaba precisamente el cuadro de los versos. Allí de Quevedo!

Lo mismo fué saber que aquellos dos rengloncitos eran parto de la imaginacion de su *amigo* el doctor Perez, que el poeta satírico formó propósito de concluir la redondilla y no dejar incompleta la obra de un tan su amigo.

Dicho y hecho. Leyó en alta voz con grave y pausado acento los dos versos:

Grandes azotes le dan
porque á Ciceron leía,

y sin andarse en cumplidos terminó la redondilla escribiendo debajo:

ira de Dios! que seria
si leyese á Montalvan?

Aquella misma tarde era sabida de toda la corte la donosa ocurrencia y no pocos fueron al Escorial deseosos de ver por sus propios ojos los autógrafos, pero ya los monjes, pesándolo en la balanza de su imparcialidad, habian hecho desaparecer las inscripciones.

Acaso los tan benévolos lectores de esta obra hayan hallado pálida la descripcion del Escorial, acaso la hayan hallado demasiado desnuda de adornos, demasiado descarnada.... Es que he querido hacerla así con todo propósito para dar una idea de lo que sucede visitando el edificio.

En efecto, en el Escorial no se piensa, se admira; no se medita, se cree.

Sin embargo, este edificio, mas quizá que ningun otro, tiene tambien sus poéticas leyendas, sus peregrinas tradiciones.

Yo apunté dos en mi album de viaje, y las contaré puesto que ha llegado la hora. La una es el episodio de la vida de un rey; la otra es la historia de un artista.

Empezaré por la del artista. Así lo exigen las fechas.